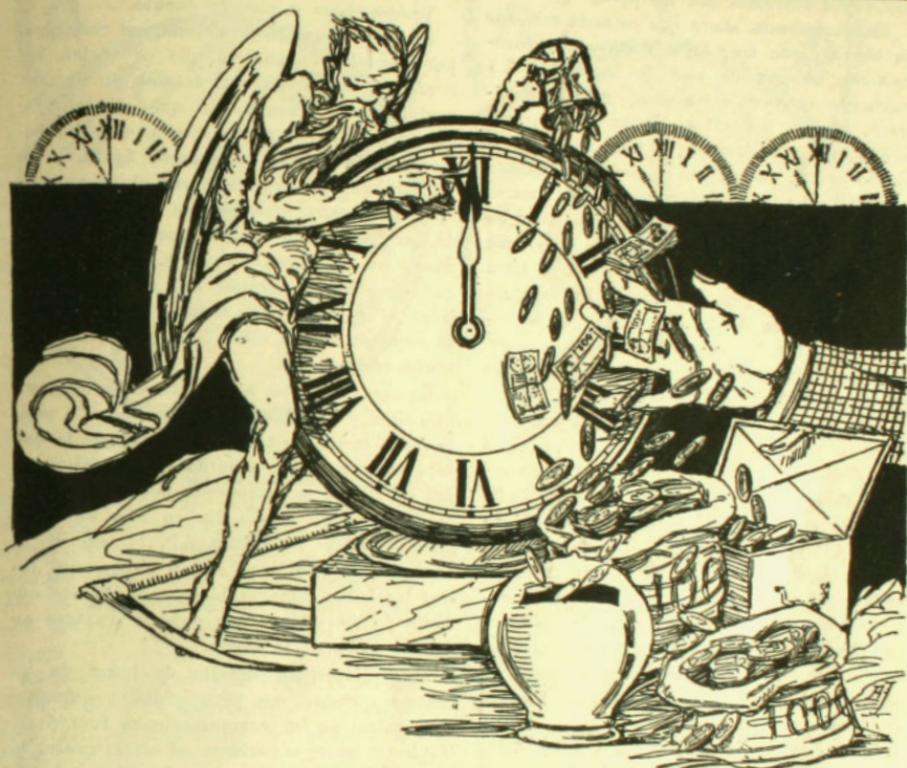


PACIFICO

≡ MAGAZINE ≡

PRECIO
UN PESO





La nueva hora oficial

Por J. B. C.

Con ilustraciones.

Se ha decretado últimamente que, desde el 1.º de Septiembre próximo, la hora oficial de Chile no será como hasta ahora la del meridiano de Santiago, sino la del meridiano 60 al Oeste de Greenwich.

Esto de que haya meridianos nuevos y de que el Gobierno traiga de allí para acá las horas con aparente desprecio de los inescru-

tables designios de la Divina Providencia, resulta griego para muchos, y no faltará quien crea encontrarse frente a una reforma teológica a estilo de la precedencia del matrimonio civil.

Nada hay más sencillo, sin embargo.

Todo el mundo sabe que la tierra es una esfera o, para hablar el lenguaje corriente,

una bola que gira alrededor de sí misma, como un trompo sobre su púa, en el espacio de veinticuatro horas. Nadie ignora tampoco que el eje de rotación de la tierra, es decir la púa del trompo, es una línea imaginaria cuyos extremos son los polos.

Imaginémoslos ahora que estamos mirando la tierra desde muy lejos y colocados directamente encima de uno de los polos. La veríamos entonces como se muestra en la figura, el polo inmóvil al centro en el punto señalado con la letra P, y todo el resto girando en su torno, en el sentido indicado por la flecha. Si en el momento de nuestra observación el sol se encuentra en el sitio en que lo hemos dibujado, es obvio que será medio día en el punto señalado con la letra A y media noche en el punto B. En los puntos intermedios de la circunferencia se sucederán todas las horas imaginables: estará amaneciendo en el punto C, anocheciendo en el punto D y así sucesivamente.

Pero no sólo será medio día en el punto A, sino en todos los situados en la línea que une dicho punto con el polo P, así como estará amaneciendo y anocheciendo respectivamente en todos los puntos situados en las líneas CP y DP. Sobre la bola que constituye la tierra se pueden, pues, trazar entre ambos polos, líneas que unen todos los puntos en que el medio día, la media noche y por consiguiente todas las horas intermedias, se producen en el mismo instante. Estas líneas, que son en realidad arcos de círculo, se llaman meridianos.

Así en la figura que tenemos a la vista, es medio día en A y en todos los puntos de la línea AP, como por ejemplo en S que supondremos represente el sitio en que se encuentra Santiago. Serán, pues, las doce en el meridiano de Santiago, la una en el meridiano representado por la línea EP y así sucesivamente. Es evidente que una hora más tarde, en virtud de la rotación de la tierra en el sentido de la flecha, la línea AP se encontrará frente al punto I, y ya no será en ese meridiano las 12 sino la una. El sol habrá comenzado a descender allí hacia el horizonte.

Desde los tiempos más antiguos, el fenómeno de la rotación de la tierra, o por lo menos, sus resultados visibles, esto es la salida y puesta del sol, el medio día y la media noche, han servido a los hombres como base para medir el tiempo. Han llamado día al intervalo entre dos puestas o salidas de

sol o entre dos medios días o medias noches, que en esto, como veremos, han sido varias las costumbres. Hoy es, como se sabe, uniforme la práctica de dividir el día en veinticuatro horas y de hacerlo comenzar a media noche.

Vamos ahora a nuestro cuento.

En una ciudad determinada, en Santiago, por ejemplo, es natural que se reglen las horas por la marcha real del sol. Se llamará medio día el momento en que el astro radiante esté en el punto más alto de su carrera, como sucede en nuestra figura, y se dividirá en veinticuatro horas el espacio de tiempo necesario para que la tierra, después de dar una vuelta completa se encuentre de nuevo en la misma situación. Es así obvio que doce horas después del medio día, la línea AP se encontrará situada frente al punto señalado con la cifra XII, y será allí por tanto media noche.

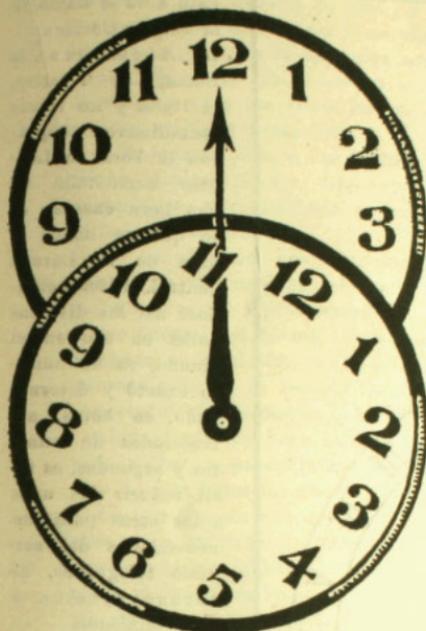
La cosa no ofrece a primera vista ninguna dificultad y antiguamente cada ciudad o punto de la tierra no tenía otra hora que la que le correspondía de acuerdo con la situación del sol. Como se comprende pues, en un instante dado era medio día en A y en S, es decir sobre el meridiano AP, la una de la tarde en el meridiano EP, y en general todas las horas imaginables en el infinito número de meridianos que pueden trazarse sobre el globo de la tierra.

Esta diversidad infinita de horas en un mismo instante, no tuvo grandes dificultades, mientras las comunicaciones fueron difíciles y no se conocieron ni el telégrafo, ni el teléfono, ni los otros maravillosos descubrimientos que han suprimido en parte para el hombre el tiempo y el espacio.

Así, por ejemplo, hasta hace no muchos años, cuando eran las doce en Santiago, eran sólo las once cincuenta y cinco en Valparaíso porque el meridiano sobre que está situada esta última ciudad se encuentra cinco minutos más al poniente que el meridiano de Santiago, y por tanto tarda igual espacio de tiempo en producirse allí el medio día.

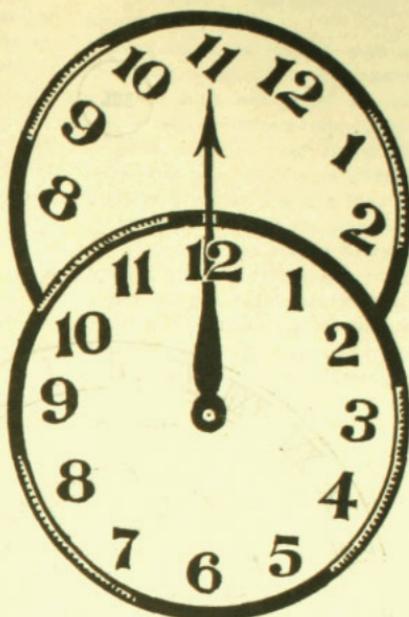
Se comprenden fácilmente los inconvenientes de tal orden de cosas, sobre todo para los itinerarios de ferrocarriles, el servicio telegráfico, las horas de funcionamiento de los Bancos, etc., etc., y estos inconvenientes se multiplican cuando se trata de países en que las diferencias no son ya de cinco minutos entre ciudad y ciudad sino hasta de horas, como sucede en los Estados Unidos.

Hora actual.



Hora de antaño.

Hora de antaño.



Hora actual.

Además, no en todos los pueblos de un país hay observatorios astronómicos para regular los relojes. Es conocido el caso de aquel viajero que llegado a un pueblo en que se disparaba un cañonazo con el objeto de señalar las doce, preguntó al artillero de qué medio se valía para disparar oportunamente su pieza.

—Tengo este reloj muy bueno, le repuso el otro, y cuido de confrontarlo todas las semanas, con el cronómetro del relojero del pueblo.

—¿Cómo arregla usted su cronómetro? preguntó más tarde al relojero susodicho el curioso visitante.

—Por el cañonazo, contestó el relojero sin vacilar.

Por divertida que sea esta mutua confianza, se comprende que el procedimiento deja algo que desear.

Hoy día es costumbre transmitir la hora por telégrafo desde las ciudades en que hay observatorios a los demás puntos de cada país. Sería ocioso y molesto transmitir en esa forma a cada ciudad una hora diferente, según fuera el meridiano en que estuviese situada.

Todo, pues, aconseja, dentro de las necesidades de la vida moderna, uniformar la hora dentro de cada país. Según este siste-

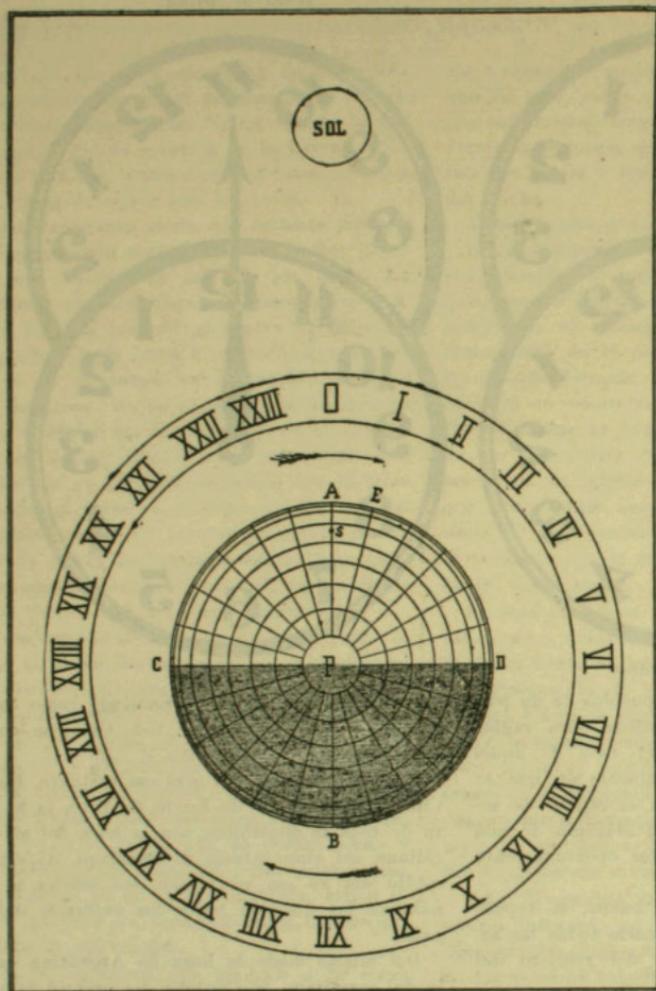
ma son las doce, tanto en Santiago como en Valparaíso, en Ancud y en todo Chile en un mismo instante matemático.

Queda a escoger cuál será ese instante. En Chile, antes del 1.º de Enero de 1910, la hora de toda la República, era la hora del meridiano del observatorio de Santiago. Al ser medio día en ese meridiano, los relojes señalaban las doce en todos los extremos del país.

Del mismo modo la hora de Argentina es la del meridiano de Córdoba. Se prefirió esta ciudad sobre Buenos Aires por su situación más central y porque cuenta con un buen observatorio.

Pero las comunicaciones no son hoy fáciles y frecuentes sólo dentro de las fronteras de un país, sino entre nación y nación. Se pensó, pues, que sería bueno uniformar la hora en todo el mundo.

No era posible en este caso, adoptar una hora idéntica para todos los países. Si se adoptaba la de Londres, por ejemplo, resultaría que los relojes marcarían al mismo tiempo las doce, no sólo en Inglaterra, sino en Santiago, por ejemplo. Pero cuando son las doce en Londres, en Santiago son astronómicamente las 7 y 17 minutos de la mañana, y no es necesaria mucha imaginación



Esta hora se llama de la Europa Occidental. La Alemania, la Suiza, el Austria, la Italia y los reinos escandinavos adoptaron la hora de Londres aumentada en una hora **exacta**: es lo que se llama la hora de la Europa Central. Diferenciándose así las diversas horas en uso en el mundo, en un número exacto y determinado de horas, sin fracciones de minutos y segundos, es fácil reducir las unas a las otras para las necesidades del servicio telegráfico, de aeronavegación y otros análogos.

De acuerdo con este convenio internacional, ya hoy bastante extendido, correspondía a Chile, la hora de Londres, atrasada en cinco, o sea la correspondiente al meridiano 75 al oeste de Greenwich, porque cada hora comprende quince grados geográficos de longitud.

para comprender que adoptada la hora de Londres, lisa y llanamente, el sol saldría aquí cerca de las doce del día para ponerse cuando los relojes estuvieran por marcar la media noche. De allí iba a resultar un trastorno completo de las nociones del tiempo. Nadie sabría lo que físicamente significaba las doce en tal o cual país, sin haberse habituado a él, etc., etc.

Para obviar tan serio inconveniente, se convino en que se adoptaría la hora de Londres, pero rebajada o aumentada de un número fijo de horas de acuerdo con la situación geográfica de cada país.

Así se ha adoptado la hora de Londres exacta en Inglaterra, Francia, España, etc.

Fué lo que se resolvió en 1909, y el nuevo sistema comenzó a regir el 1.º de Enero de 1910. Como antes la hora en uso era la de Santiago que sólo atrasa 4 horas y 43 minutos sobre la de Londres, hubo que atrasar los relojes 17 minutos, la noche entre el 31 de Diciembre de 1909 y el 1.º de Enero de 1910. Este sistema rigió hasta 1916.

Vino entonces un Ministro, algo astrónomo y economista al mismo tiempo, que se hizo la siguiente reflexión:

Cuando nuestros relojes señalan las seis de la tarde en todo Chile, son las seis y diecisiete astronómicamente en Santiago. Por tanto a las seis de los relojes está más obs-

curo de lo que debería de estar, y como la gente regla sus costumbres y sus oficinas por los relojes y no por el sol, gasta más luz artificial. Es cierto que lo contrario sucede en la mañana, pero son pocos los que trabajan con luz artificial a esa hora.

—Ahorremos, pues, a los chilenos esos diecisiete minutos de luz, dijo aquel Ministro astronómico, y reestableció en consecuencia, la hora de Santiago.

Las compañías de gas y luz eléctrica y los vendedores de parafina, se sonrieron para sus adentros y no protestaron.

Por buenas que fueran las intenciones del Ministro, su resolución nos sacó del convenio internacional de la hora, y en ese sentido importaba una verdadera reacción.

Ahora, con muy buen acuerdo, se ha querido volver a encuadrarnos dentro de los usos de casi todas las naciones modernas. No se ha querido, sin embargo, dar a ganar con ello, a las empresas de alumbrado, y, en lugar de adoptar la hora de Londres, con cinco de atraso, se la ha adoptado con sólo cuatro, de modo que en adelante del 1.º de Septiembre, cuando sean las seis de la tarde en los relojes, serán las cinco y diecisiete en el cielo, estará más claro de lo que debería de estar, y no será necesario encender tan temprano las luces de las oficinas, de las casas particulares y de las calles. Es cierto que también habrá que apagar más tarde estas últimas.

La hora adoptada ha sido, pues, la del meridiano 60 al oeste de Greenwich, que atrasa cuatro horas sobre la de Londres y adelanta una sobre la del meridiano 75 que teníamos adoptada antes y conserva aún el Perú. Sobre la hora actual de Santiago la nueva adelantará 43 minutos, que nos van a robar de vida, según el criterio de algunos.

No habrá, sin embargo, meetings de protesta, como ocurrió en Inglaterra, cuando se adoptó junto con el Calendario Gregoriano, la reforma en cuya virtud el año debía comenzar el 1.º de Enero y no el día de Pascua de Resurrección, como sucedía antes.

—¡Volvednos, nuestros cuatro meses! vociferaban las turbas.

No quisiéramos concluir este artículo que ya va largo, sin decir una palabra sobre la adopción del nuevo medio de contar las horas, de una a veinticuatro y no en dos grupos de doce, como se hace ahora. Es poco probable que esta reforma se adapte a las costumbres privadas y aún a las oficiales, dada la fuerza de los hábitos adquiridos, la letra de las leyes y contratos existentes y la configuración de los relojes que tenemos en uso.

Servirá con todo para imprimir con más claridad tipográfica los itinerarios de los trenes y tranvías. El sistema es racional pero... será menester esperar qué resulta de él en la práctica.

La costumbre de contar las horas de una a veinticuatro es antiquísima en Italia, donde data, según entiendo desde la época de los romanos. Pero lo más curioso es que hasta hace no muchos años, el día no comenzaba en Italia a media noche, sino al ponerse el sol. ¡Buen guirigay por cierto dada la poca exactitud que en las horas de levantarse y meterse a la cama distingue al astro del día! Todos sabemos que en invierno el buen señor, como temiendo al frío se levanta tarde y se acuesta temprano, y que con mucha lógica procede al revés en el verano. Con tales hábitos no hay reloj bueno. Por eso se ha dicho que el sol es el peor de los cronómetros.

Como los italianos, contaban las horas y los días, desde la puesta del sol, los antiguos atenienses, los judíos y los chinos. En cambio, los babilonios, los sirios, los persas y los griegos modernos cuentan los días desde la salida del sol.

Los árabes, los caldeos, los astrónomos y otras tribus bárbaras, comienzan su día a medio día.

Hay como se ve donde elegir.

Por ahora no se ha modificado entre nosotros a este respecto la antigua costumbre.

¡Diablos! ¡Son las veintitrés y media!
¡Buenas noches y hasta mañana!

